

El vacío como vacío

Arnoldo Kraus

Sinónimo de muerte y de nada, el vacío es el negativo de una presencia: el hueco que nos dejan los muertos, los recuerdos, el olvido. Con pasión de científico y precisión literaria, Arnoldo Kraus explora esta noción más allá de los conceptos y de los intentos por domesticarla.

La idea del vacío agobia. Nada más complejo que aceptar que después “de algo”, “no existe nada”. “Algo”, entre comillas, “nada”, entre comillas. Como muchas veces la vida. Como nunca la muerte. Las comillas no mitigan la realidad ni distorsionan la existencia. Suavizan y matizan. Permiten parar y retroceder, mirar y mirarse, borrar y regresar. Como muchas veces la vida. Como en ocasiones la muerte.

La idea del vacío agobia. No en balde la idea de Dios, la omnipresencia de las religiones, la tendencia a acumular objetos y la insoportable insonoridad del silencio. No fue la serendipia la que inventó las tumbas: fue la necesidad de los seres humanos la que cavó la tierra para depositar a sus deudos y asegurarse que ahí están, que ahí siguen. Que aunque muertos, su infinito pernoctar es una manera de hacer menos vacío el vacío. Que aunque sus cuerpos ya no sigan labrando los bordes del mundo, el tejido de la existencia seguirá aguardando hilos, agujas y tiempo.

El vacío inquieta porque no se sabe ni cuándo ni dónde finaliza si acaso es que termina; incomoda, porque antes de ser vacío era un espacio ocupado por deseos, sentimientos, objetos, personas o cualquier señal que se relacione con los significados de ser humano; atemoriza, ya que, a diferencia del *déjà vu*, el *jamais vu*, suele contener el temor de lo desconocido. El vacío se relaciona con

el desasosiego: a pesar de que carece de sustancia y de límites, es, en sí mismo, una zona, difícil de definir, con fronteras difusas, pero, finalmente, aunque no tenga contenido, es un lugar; quienes lo habitan tienen conciencia de él, de su existencia, de sus paredes, del viento que entra para después salir, de su nombre y del dolor implícito en su realidad. Aunque no lo deseen, tienen que estar en él. El binomio vida-muerte es un buen ejemplo de algunos de los significados del vacío.

La pérdida de la vida es sinónimo de muerte y de una etapa no conocida. La muerte implica el final de muchas historias y el principio de nuevas etapas (malas o buenas). En *Esta salvaje oscuridad*, Harold Brodkey, quien contra el síndrome de inmunodeficiencia adquirida cuando los fármacos eran insuficientes para postergar, por “mucho tiempo” la muerte, escribió:

Por momentos no consigo creer del todo que alguna vez haya estado vivo, que alguna vez fui otro ser y escribí, y amé o no fui capaz de amar. En realidad no comprendo esta eliminación. Puedo comprender que algo se cierre, que un gran poder me reemplace por otro (y por el silencio), pero esta incapacidad de tener una identidad ante la muerte creo que nunca lo vi en ninguna de las escenas de muerte ni en las descripciones de la vejez que he leído. Es curioso que mi vida se haya tambaleado hasta tal punto que mis



Marcia Lippman, *Preah Khan*, 1995

recuerdos ya no sean aptos para el cuerpo en el que se forman mis palabras.

Quizá, la eliminación, la incapacidad de amar y la certeza de que algo se cierra, a las que Brodkey se refiere, sean su forma de contemplar el vacío. O bien, como escribí en una vieja historia clínica, el hueco, el de Brodkey y todos los huecos, sea ese silencio que perciben algunos enfermos cuando el *pathos* avanza sin parar, sin tocar, sin detenerse, y que, en muchas ocasiones, impide reamueblar la conciencia.

Para el muerto, perogrullo *dixit*, su muerte ya no es problema. El problema es de los vivos, de quienes se quedan, de quienes viven, con razón, o sin ella, la muerte como vacío. De ahí que la mayoría de los deudos deban reacomodar sus vidas y reordenar los muebles de su historia y los peldaños de su alma.

Cavilar, y trabajar en las implicaciones y en los límites del vacío es fundamental; la construcción de nuevos escenarios de vida se basa en la comprensión de las pérdidas. El tránsito hacia la inexistencia de los seres queridos hace que la ausencia horade los muros de esa nueva vida, de la vida nueva ahora definida por la pérdida, por la ausencia. Aunque ni la obiedad, ni el dolor, ni la aceptación de la muerte impliquen que sea fácil cohabitar con el vacío, la reflexión puede atenuar las heridas de ese

nuevo espacio, de ese, con frecuencia, inasible modo de estar en la vida.

Los muertos se llevan fragmentos y, en ocasiones, la totalidad de la libido de los deudos; se llevan pedazos de sus vidas, respiros de la existencia de quienes se quedan y escenas de historias irrepetibles. Se llevan trozos imprescindibles de la memoria, algunas sutilezas de las miradas que se imprimieron en el cuerpo y en la vida y que ya nunca regresarán. El vacío se apersona en la suma de esos quebrantos.

Me repito: con la muerte finaliza la vida y se inicia el vacío. La ausencia lacera y en ocasiones paraliza. Los muertos no regresan. No habitan más sus casas ni visten más sus ropas. No hablan, no miran, no oyen. Tras el deceso, los muertos, se llevan con ellos la escucha, esa zona tan prodigiosa que existe sólo en algunas almas y que cuando se acaba hace que el vacío se convierta en una vivencia muy dolorosa. La falta de escucha es uno de los sinónimos más acres del vacío.

Los muertos no retornan. Perviven en la memoria y en el deseo de quienes los conocieron. Están sin estar a pesar de las plegarias y de los ruegos. Queda la tumba, la imagen del *vivomuerto*, el pasado inaprensible. Ausencia, dolor y hueco se mezclan en el mismo tiempo. Esas vivencias se entrecruzan en muchos caminos. Hilan historias que devienen tristezas, memorias que profundi-

Sólo cuando el cadáver llega a su última morada la muerte se convierte “realmente” en muerte y el vacío en vacío.

zan el vacío, recuerdos que ahondan heridas; frente a la muerte, el recuerdo de un recuerdo achica el poder de la razón y mengua el cobijo de las palabras. Dependiendo de la magnitud del vacío, la necesidad de los vivos hacia el fenecido puede incrementarse.

El recuerdo se convierte en un espacio dual. Sus entresijos son vida, pero, también dolor. *En la tierra del dolor*; Alphonse Daudet, quien a los diecisiete años contrajo sífilis, escribió:

Y, además, ¿de qué sirven las palabras para todo aquello que se siente a fondo en el dolor (y también en la pasión)? Aparecen cuando todo ha acabado ya, se ha calmado ya. Nombran recuerdos estériles o mendaces, —renglones adelante anota—: Con una sombra a mi lado camino más tranquilo, de la misma forma que camino mejor si voy junto a alguien.

El recuerdo permite luchar con el vacío y hablar; en ocasiones aminora la supuración de las llagas, otras veces, incrementa su profundidad. El recuerdo carece de reglas: algunos viven gracias a él, otros mueren por él. La memoria, alma y morada del recuerdo, reconstruye los tiempos viejos, las casas edificadas y derruidas, los encuentros y los desencuentros, los dolores y las alegrías, lo que fue y lo que no fue. Tiene dos caminos: recrea la vida y revive las pérdidas.

No es posible negociar ni con el recuerdo, ni con la memoria. Son parte inconsciente de la existencia. Las remembranzas suelen regresar y hablar, inadvertidamente, sin la participación de la voluntad, sin que se pueda decidir qué es lo que debe edificarse y qué es lo que no se desea cimentar, sin que sea posible elegir, *motu proprio*, qué es lo que más conviene. Los deudos no tienen la capacidad de determinar cuáles son las facultades de “lo que puede y debe” y “de lo que no puede y no debe” el recuerdo. El recuerdo es autónomo: habla cuando las evocaciones del alma lo tocan y calla cuando el *alter ego* toma las riendas de la vida. Vivifica y mata. En ocasiones, ni vivifica ni mata: succiona la sangre y consume el aire. No vive de palabras escritas, vive de palabras sin letras.

El cadáver es testigo de la muerte pero no del vacío. Los cuerpos muertos ignoran lo que los cuerpos vivos saben. Desconocen el significado del vacío. La imagen del vivo ahora muerto, *i.e.*, el cadáver, es el último hálito de la mirada de quienes se quedan. Mirar es detener. Detener el tiempo y la muerte. Los cadáveres frescos, “poco muertos”, contienen muerte, recuerdos y vacío. Son “apenas muertos”. El cuerpo es depositario de las últimas añoranzas pero no es aún vacío: se palpa, se mira, e incluso, cuando demora el entierro, crecen la barba y los vellos. Los cadáveres “jóvenes” se instalan en la memoria visual y en el diálogo de quien los observa o les platica.



Marcia Lippman, *París*, 1995



Marcia Lippman, *Ellis Island*, 1987

Son una suerte de muertos no completamente muertos. Son ausencia de vida pero no la certidumbre de la ausencia. Las evocaciones van y vienen: luchan para impedir que la palabra vacío se convierta en realidad.

En Oriente, muchas culturas proceden a incinerar los cuerpos o a depositarlos a la intemperie para que los cuervos y otras aves los devoren. Es probable que la desaparición de la imagen corporal, permita confrontar mejor la realidad del vacío y así encauzar hacia buen puerto el contenido de la memoria. En cambio, en Occidente, las tumbas y sus tierras son necesarias.

Además de tener propósitos higiénicos, las sepulturas son refugios para los vivos: sólo cuando el cadáver llega a su última morada la muerte se convierte “realmente” en muerte y el vacío en vacío. El deudo testimonia la muerte cuando el cuerpo es resguardado por la tierra, por los pinos, por los amotajadores y por el inenarrable silencio de los cementerios. A partir del vaivén de las palas, de la tierra que cae sobre el cuerpo, de las cenizas desparrramadas en el mar, o atesoradas en los cementerios, la historia de los muertos se convierte en la realidad de los vivos. Con las cenizas el vacío empieza a cobrar vida y a tener nombre. Se escribe con ellas y en ellas. Se escribe para saberse vivo y para adueñarse de la insonoridad. Se escribe al lado de las tumbas para construir una nueva historia

donde el pasado confluya con el presente y el vacío con la realidad.

Los túmulos ordenan el desorden que impera entre las actas de nacimiento y la vida; avalan el orden de la muerte, facilitan la despedida, inician el duelo y abren el nuevo abanico de la existencia. Son testigos mudos de la muerte y prólogo para hablar con el vacío.

La idea del vacío dilapida. Nada más complejo que aceptar que después “de algo”, “no existe nada”. Las comillas son fragmentos de vida que aminoran el peso de la realidad pero no la esquivan. Son diminutos respiros, pequeñas pausas, minúsculos tiempos. ¿Es la muerte nada? ¿Es el vacío el último reducto de la muerte? ¿Es la muerte la casa del vacío? Inmerso en sus reflexiones y en sus noches de insomnio Alphonse Daudet escribió, “Lo divino es todo cuanto no tenemos”.

Al hablar de la muerte, la idea del vacío agobia por la inmensa dificultad del ser humano para entender los límites de la existencia y su realidad como un espacio. Como un espacio vacío pero también lleno, en el cual es obligado a pernoctar para reflexionar acerca de esos límites y de la necesidad de dialogar con los techos y los pisos que conforman las casas del vacío.

El vacío que queda tras la muerte es un lugar que todos habitaremos. La mayoría de los huecos se transforman,



Lynn Geesaman, *Parc de Sceaux*, Francia, 1992

se modifican. Con el tiempo se nutren de la vida y del quehacer cotidiano. El dolor del vacío aminora con el tiempo. Lacera menos porque la vida lo llena poco a poco (aunque hay quienes se suicidan) o porque con el tiempo se construyen, a partir de las pérdidas o de las ganancias, nuevas riquezas y nuevos vacíos que cuestionan y que mueven, que requieren vivirse para luego vaciarse. Leo las notas de un enfermo terminal, quien hablaba de la necesidad de escudriñar la existencia con pasión porque “la vida es un instante sin fronteras”.

Vacíos vacíos,
vacíos llenos,

vacíos que fueron vida,
que son muerte.

Vacíos que descubren luz,
que tejen existencias,
que vuelan entre los silencios de las palabras,
que anidan en los árboles en otoño.

Vacíos imprescindibles para saberse vivos.

La muerte es un vacío único: aguarda los deseos, la libido, la pasión, las preguntas necesarias para explorar nuevas vidas y para engendrar nuevos vacíos. [U]

Con la muerte finaliza la vida y se inicia el vacío. La ausencia lacera y en ocasiones paraliza. Los muertos no regresan.